

# Historia de los papas



## FICHA BIBLIOGRÁFICA

DIEGO SOLA. *Historia de los papas*. Fragmenta Editorial: Barcelona, 2022, páginas 223, ISBN: 978-84-17796-54-9.

---

Ramón Teja | **Universidad de Cantabria**

La historia de la Iglesia ha dejado de ser en España en los últimos años un reducto de los seminarios y centros eclesíasticos para pasar a ser un tema de estudio por parte de la historiografía científica y académica. Una buena muestra de ello la tenemos en la presente monografía *Historia de los papas*, obra del joven investigador Diego Sola. No es nada fácil sintetizar una historia de casi dos mil años de la institución más antigua y con más trascendencia de Occidente en doscientas páginas. Diego Sola lo ha intentado y ha logrado una síntesis equilibrada entre las diversas épocas y momentos de la agitada historia de los obispos de Roma. Pero los estudios sobre el tema se suceden de modo frenético y no es ni fácil ni posible estar al tanto de la investigación sobre los diversos momentos históricos. Me centraré en la época que mejor conozco y que quizá es la que más trascendencia histórica, los orígenes de la institución.

Hace algunos años vio la luz en Italia una gran obra colectiva, *Enciclopedia dei papi*, con la colaboración de muchos de los mejores especialistas de cada época. El estudio de la figura de Pedro fue confiado a un antiguo catedrático de Teología de la Universidad Gregoriana, el agustino Prosper Grech, honrado como cardenal por quien había sido discípulo suyo, el entonces papa Benedicto XVI. Pues bien, suya es la afirmación que puede sorprender a algunos cuando dice, traduzco del original italiano, «se puede decir que en el término “Pedro” se encierra un concepto teológico (*theologoumenon*) que indica una persona histórica, un carisma, un símbolo y un oficio. Pero no fue fundador de la iglesia de Roma, sino junto con Pablo, su fundamento»<sup>1</sup>. Esta afirmación de que Pedro no fue el fundador de la iglesia romana y, por lo tanto, tampoco su primer obispo, se puede cotejar con la afirmación de otro experto historiador de la Iglesia y el papado, el italiano Manlio Simonetti, cuando escribe en el mismo volumen, a propósito de la tradicional lista de los primeros sucesores de Pedro elaborada por Ireneo de Lyon a finales del siglo II, que «lo único cierto es que los personajes incluidos en esta lista episcopal hasta Pio incluido (140-155) son solo nombres sin la más mínima realidad histórica»<sup>2</sup>. Ambos autores parten de la constatación, admitida hoy por toda la historiografía más actualizada sobre los orígenes del papado, de que el primer obispo de Roma atestiguado con cierta seguridad fue Victor (189-199), un africano de lengua latina.

Queda muy lejos la idea tradicional de que Pedro habría sido el primer obispo de Roma y que sus sucesores inmediatos desempeñaron la misma función. ¿Cómo se regía, entonces, la primera comunidad cristiana de Roma cuya existencia está ya atestiguada en la segunda mitad del siglo? Por un sistema presbiterial, un colegio de presbíteros al igual que en otras muchas ciudades donde aún no se había implantado el denominado «episcopado monárquico» o «monoepiscopado». Sorprende, por lo tanto, que el autor de la presente historia continúe aferrado a la idea tradicional y casi dogmática para los católicos, sobre la figura de Pedro y que considere a Clemente de Roma «el primero de los papas históricos de esta sucesión: el primero que abrió la puerta a la primacía del obispo de Roma sobre una Iglesia de pretensiones universales. Clemente I fue obispo de Roma entre los años 92 y 101» (p. 22). Hoy, por el contrario, hay unanimidad en que Clemente fue un simple presbítero, que escribió su famosa epístola a los Corintios como portavoz del colegio de presbíteros romanos. No es este el lugar para exponer las fuentes que avalan las interpretaciones actuales del tema<sup>3</sup>.

En estrecha relación con las aspiraciones a una primacía papal, no solo espiritual sino también política, están los falsos documentos que conforman el denominado *Institutum Constantinianum*, es decir, la *Vita Silvestri* y la *Donatio Constantini*, cuyo objetivo era re-

---

1. Grech, 2008, p. 193

2. Simonetti, 2008, p. 11

3. Aparte de las obras citadas de P. Grech y M. Simonetti, me remito a Prinzivalli, 2010, pp. 79-278. Un resumen del tema puede consultarse en Acerbi y Teja, 2020, pp. 11-24. Como indica el título en la obra, se recogen diversos estudios de autores españoles, italianos y franceses que abordan el tema de los orígenes y la consolidación de la primacía, un proceso complejo y tardío, ajeno, por lo tanto, a los primeros obispos romanos como parece defender también el autor de la obra que comento pues titula el apartado I, 1, pp. 21-30, «El origen de la primacía papal».

forzar los argumentos teológicos de la denominada «teología petrina» con la autoridad y prestigio de emperador Constantino. Se trata de un tema de enorme trascendencia pues sus consecuencias se han alargado hasta el Concilio Vaticano II, cuyo objetivo principal fue acabar con lo que los teólogos franceses denominaban «la fin de l'ère constantinienne». Sin embargo estos documentos aparecen solo bajo la forma de una simple alusión en la p. 39. No me atrevo a reprocharle que no se haya servido de una monografía mía sobre el tema pues ha sido publicada en el 2022 y seguramente no pudo tener acceso a ella<sup>4</sup>. Quizá, si hubiera dado la debida importancia a la Donación de Constantino, no hubiera dedicado un capítulo tan elogioso al autor de la denominada «reforma gregoriana», el papa Gregorio VII, al que su contemporáneo el cardenal san Pedro Damiano calificó como un «santo de Satán». Ha sido uno de los papas más controvertidos de la historia y el primero que intentó presentarse como heredero de los emperadores romanos a todos los efectos en base a la Donación constantiniana. El teólogo Hans Küng ha hecho esta semblanza de él: «Para Gregorio VII de la “plenitud de poderes” (León I, *plenitudo potestatis*) otorgada por Dios al sucesor de Pedro se derivaban lógicamente las máximas prerrogativas legales. Gregorio declaró al papa pontífice único y sin restricciones de la iglesia y de todos los creyentes, clero y obispos, iglesias y concilios; señor supremo del mundo, a quien incluso los reyes y el emperador quedaban subordinados, pues también eran “seres humanos y pecadores”; y él indudablemente santo en su ministerio (en virtud de los méritos de Pedro); después de todo, la iglesia romana, fundada por Dios, nunca había errado y nunca erraría. Así pues, reclamó para el papa una competencia ilimitada en materia de consagración, legislación, administración y justicia»<sup>5</sup>.

Es en la Edad Moderna, la época de la Reforma y la Contrarreforma, en la que el autor se mueve con más soltura, quizá como consecuencia de su formación académica. Analiza bien las enormes consecuencias que tuvo la decisión del papado de vender las indulgencias, especialmente para financiar la construcción de la basílica de san Pedro, donde «los intereses del mundo del más allá se mezclaban con los más pecuniarios» (p. 82). La condena de Lutero por León X y sus consecuencias están muy bien expuestas. Me parece muy original la comparación entre las permanentes relaciones de Carlos V con el malogrado Adriano VI con la dupla que siglos antes habían formado Otón III y Gelberto de Aurillac, Silvestre II, para expresar las estrechas relaciones que han condicionado durante siglos la historia de Europa basada en la alianza entre el altar y el trono. En cualquier caso, las páginas dedicadas a los papas de la Contrarreforma me parecen algunas de las más logradas del libro.

En su larguísima historia de casi dos mil años, el papado pasó por momentos muy difíciles, algunos de los cuales parecían anunciar la desaparición de la institución, como fue el caso del secuestro de Pio VII por Napoleón que recordaba los peores momentos del cisma de Avignon. Se iniciaba con ello el enfrentamiento del papado con lo que se ha denominado la Modernidad. Los papas fueron incapaces de entender lo que significaba la caída del Antiguo Régimen, de los gobiernos absolutistas y la implantación de los movimientos liberales y

---

4. Teja, 2022.

5. Küng, 2002, p. 119.

democráticos. La mejor expresión de esta incapacidad coincidió con el largo reinado de Pio IX y se manifestó en la publicación del *Syllabus* y la declaración del dogma de la Infallibilidad pontificia al tiempo que se producía la pérdida de Roma y de los denominados Estados Pontificios. Como manifestó el famoso teólogo francés Ives Congar, ello significaba «abandonar la espantosa mentira de la “Donación de Constantino” pero Pio XI no entendió nada y hundió a la iglesia en la reivindicación del poder temporal, decisión que sigue siendo todavía –escribía durante la celebración del concilio Vaticano II– un gran peso para la Iglesia». El joven historiador que es Diego Sola describe bien todo este largo proceso, pero me da la impresión de que no ha sabido valorar adecuadamente la paradoja de que lo que el denomina «la recuperación de la independencia papal»: ésta se produjo precisamente gracias a un dictador, Benito Mussolini, con quien se firmó el Tratado de Letrán por el que el papa reconocía por vez primera la existencia de Italia como un Estado independiente y soberano: ¿habría firmado Pio XI el tratado si Italia estuviese gobernada por un régimen liberal y democrático como había sido el caso desde el 1870 hasta 1939?

Pero ¿con esta recuperación de la independencia, el papado se convirtió realmente en una institución solamente espiritual y religiosa? Congar terminaba el artículo citado de 1962, casi medio siglo después del Tratado de Letrán, declarando que «no hay nada definitivo hasta que la iglesia romana no haya abandonado totalmente sus pretensiones feudales y temporales. Será necesario que todo esto sea destruido: ¡y lo será!», se sobrentiende que gracias al Vaticano II. Pero el concilio se clausuró y Diego Sola recoge en p. 189 este lamento de Benedicto XVI durante el Via Crucis del Viernes Santo de 2005 en el Coliseo: «¡Cuánta suciedad en la Iglesia y entre aquellos que, por su sacerdocio, deberían estar entregados al Redentor! ¡Cuánta soberbia! La traición de los discípulos es el mayor dolor de Jesús. No nos queda más que gritarle: *Kyrie, eleison*. Señor sálvanos».

Si me he atrevido a plantear objeciones a la obra, en especial sobre los orígenes de los obispos de Roma y del primado papal es porque se trata de la época que mejor conozco y para poner de relieve la dificultad que representa ofrecer una síntesis como la presente de la larguísima historia del papado, que, en cierta medida, es la historia de Europa. Los historiadores somos cada vez más esclavos de los avances casi diarios de la investigación y nos refugiarnos cada vez más en nuestra especialización. Por todo ello, creo que se debe felicitar al autor de esta *Historia de los Papas* por su valentía y porque, a pesar de las inevitables lagunas y defectos en una obra como esta, creo que ha salido muy airoso del empeño. Recomendando su lectura al lector no especializado y que quiera disponer en una síntesis en doscientas páginas de la historia apasionante de una institución como el papado en la que, como en toda institución humana, y el papado lo es, se mezclan los grandes méritos y virtudes con los mayores escándalos.

Una observación última: el parte final el autor incluye dos apéndices muy útiles: un listado de los obispos de Roma y una tabla cronológica sobre el Papado en la historia.

## Bibliografía

- Acerbi, Silvia y Teja, Ramón (eds.) (2020). *El primado del obispo de Roma. Orígenes históricos y consolidación, siglos IV-VI*. Ed. Trotta.
- Grech, Prosper (2008). *Enciclopedia dei papi. Vol 1*. Istituto della Enciclopedia italiana, Treccani.
- Küng, Hans (2002). *La iglesia católica*. Ed. Herder.
- Prinzivalli, Emanuela (2010). *Seguendo a Gesù. Testi cristiani delle origini*, vol 1. Fondazione Lorenzo Valla.
- Simonetti, Manlio (2000), *Enciclopedia dei Papi*, vol 1. Istituto della Enciclopedia italiana, Treccani.
- Teja, Ramón (2022). *Los papas ¿sucesores de Pedro o de Constantino? La mayor falsificación de la historia*. Ed. Guillermo Escolar.